

BEGONA IBARROLA

VEAJE POR UN MAR DESCONOCIDO

Ilustrado por Santiago Aguado

Mindfulness para niños

A partir de 6 años



Desclée De Brouwer



Raquel no podía olvidar su encuentro con el Capitán Aguadulce, como se hacía llamar aquel personaje que conoció en su viaje a la tierra de los grandes acantilados.

Fue un viaje imprevisto y obligado a casa de sus abuelos maternos. Nadie hubiera imaginado que una simple caída terminara con la vida de su abuelo Peter.

Le hubiera gustado pasar más tiempo con él y que le contara las aventuras de su vida en el mar, pero vivía demasiado lejos y ahora ya era tarde. Por eso, aunque no le apetecía nada, se fue con sus padres para estar en el entierro y ver a su abuela.

Cuando llegó al pueblo le llamaron la atención las casas, con los tejados de paja oscura y vigas de madera en la fachada. También le extrañó la mezcla de olores que impregnaba el pueblo y la cantidad de macetas con flores que colgaban de las farolas y adornaban la calle.

—Mamá ¿tendré que dormir en esta casa? –le preguntó a su madre al entrar—. Es muy antigua... seguro que hay fantasmas...

—Pues claro, hija, la casa es muy grande y no debemos dejar sola a la abuela ¿no ves que está muy triste?



Raquel aceptó de mala gana, pero quería tanto a su abuela que se ofreció a dormir con ella, así por lo menos no estaría sola si los fantasmas aparecían durante la noche.

En el entierro se dio cuenta de que su abuelo era querido por todo el pueblo pues asistió mucha gente, pero hubo una persona que le llamó la atención: era un hombre alto, con una gorra de marinero en la mano, de cabello blanco, barba larga y unos profundos ojos azules. Parecía sacado de una película de piratas y además llevaba colgado al cuello un enorme diente de tiburón.

- —Soy el Capitán Aguadulce —le dijo mientras le daba la mano y le hacía una reverencia—, a su servicio, *my lady*.
- —Yo soy Raquel, la nieta de Peter.
- —¡Vaya! ¡Cómo ha crecido la pequeña Raquel! –le dijo lanzando una carcajada–. He visto cientos de fotos tuyas desde que naciste.
- —¿Conocía usted a mi abuelo?
- Yo era su mejor amigo, y Peter era una persona excepcional, es una pena que no hayas podido conocerle mejor.





Después del entierro la casa se llenó de gente y su abuela les ofreció té con pastas y sándwiches, pero Raquel se sintió agobiada y decidió salir a dar un paseo, como era un pueblo pequeño no podía perderse. Comenzó a caminar hacia el puerto y de pronto oyó su nombre, miró hacia atrás y vio que el Capitán Aguadulce se acercaba.

—¿Te gusta el olor del mar? –le preguntó—. Pues respira hondo hasta que su olor llegue a tu mar interior.

Raquel sonrió y le hizo caso, como si estuviera hipnotizada.



—¿Te gusta el olor de las flores? Pues aspira hondo su aroma hasta que llegue a tu jardín interior.

Raquel volvió a inspirar profundamente cerca de una maceta llena de petunias y clavelinas y dijo:

- —¡Me encantan las flores!
- —Igual que a tu abuela. Peter le regalaba un ramo todos los meses por el día de su aniversario de boda.
- —También me gusta el olor a tierra mojada. Donde yo vivo solo huele al humo de los coches y a pescado frito.